

El Hada de la Cueva de la Encantada



Autor: Santos Sanz Sanz. s.sanz.com

Publica La Poza



Publicado:

Por la Casa de la Cultura - Ayuntamiento de Elche de la Sierra.

Queda prohibida su reproducción total o parcial.

Septiembre de 2008.

El Hada de la Cueva de la Encantada

*A los niños de Elche de la Sierra, cuyos abuelos
no pudieron contarles esta idílica Leyenda.*

CAPÍTULO I

Hay una cueva en Elche de la Sierra, y en el lugar llamado "La Encantada", en el que, desde tiempos inmemoriales habita un Hada buena, cuya ánima nunca muere. Ya los antiguos moros, a cuya raza pertenece, la veían y la oían cantar preciosas baladas en las noches de luna llena de los meses de verano. Y escrito está en los libros de papel de arroz, por aquellos primeros pobladores árabes, que una noche del mes de agosto se formó, en un abrir y cerrar de ojos, sobre el pueblo, una fuerte tormenta que pilló al Hada cantando fuera de la cueva, y el vendaval se la llevó volando por encima de los tejados y de los cerros hasta no se supo dónde. Y que todas las noches de aquel verano del Año del Calabacín, del calendario árabe, salían las gentes por ver si había regresado su encantadora Hada de la Cueva de la Encantada.

Fue al año siguiente, justo en la noche que acababa el solsticio de primavera y empezaba el de verano, cuando volvieron a verla en la puerta de su cueva. Dice el libro de historia de los moros que: Apenas la luz de la luna alumbró la pared rocosa de la cueva, se la vio sentada sobre un trono de plata que relucía más que la propia luna. Que una cohorte de bellas damas peinaban sus largos cabellos rubios. Que su vestido era largo y estaba adornado con cientos de piedras preciosas que rutilaban como si fuese un firmamento de estrellas reales. Que sobre su frente lucía una diadema roja de seda, orlada con pequeños diamantes y gargantillas de nácar que competían en irisaciones con las mismas estrellas del cielo. Que sus zapatos eran de cristal azul, con hebillas de oro, que transformaban el tono opaco de las rocas sobre las que se posaban.

Pero, ¡oh dolor!, dicen los moros en su libro de historia que nunca más se la oyó cantar baladas, con cuya melodía sus espíritus se transportaban al país de las maravillas haciéndoles olvidar las fatigas del trabajo. Y que a los niños les infundía el más plácido sueño que jamás hubieran sentido en los brazos de sus padres. Las palomas de la torre del castillo del Estrecho de los Huertos, salían hasta la cueva y revoloteaban en torno a ella con dulces zureos que alegraban el

alma del hada. Pero, nunca más la oyeron cantar. Los curanderos de los moros dijeron que la noche de la tormenta se resfrió tanto, que su garganta ya nunca pudo entonar una sola balada.

De ahí que, desde entonces, las gentes del pueblo, que eran los moros que en él vivieron hasta la rendición de Granada; y las posteriores generaciones de elcheños, solamente la veían sentada peinándose sus rubios cabellos ante la puerta de la cueva en las noches de luna llena de verano, ¿hasta cuándo la vieron?, dicen que hasta el S. XVIII de nuestra era. Yo he vuelto a verla, no a ella, sino a su ánima. Y no sólo la vi en la Cueva de la Encantada, también en la Cueva donde la tormenta la llevó volando en la noche de aquel agosto del Año del Calabacín, del calendario árabe.

CAPÍTULO II

LA APARICIÓN DE SU ÁNIMA

Y, sucedió que otro día del mes de septiembre del primer aniversario de su muerte, pasados dos días de la primera luna llena; a esa hora en la que el sol se va dejando su baño de oro sobre los membrillos, y la Peña de San Blas alarga su sombra hasta más allá de los Collados, y los estorninos de los árboles de la Placeta del Gorrinero regresan a sus acostaderos sin miedo a ser acosados. En esos días, en los que todo vuelve a la calma post vacacional, y los mayores pasean alrededor del pueblo, mientras que los niños aprenden a ser mayores en las escuelas; pues un día de esos, sucedió lo que jamás se pensó que podría suceder en Elche de la Sierra.

Ese día, y cuando ya el sol había caído por detrás de La Lonquera, apareció de pronto un haz de dardos luminosos destellando delante de la Cueva del Agua. Sus tonos eran igual a los del Arco Iris, y se proyectaban en todas las direcciones entre el velo gris del anochecer. El valle, los árboles, las rocas, todo fue pintándose de colores haciendo que el lugar pareciese un real paraíso. Repentinamente el aire dejó de mecer la copa de los árboles, y su soplo tornose leve, casi imperceptible. Y los pájaros silenciaron sus gorjeos de antes de acostarse. Y una música como de coros celestiales comenzó a oírse en las alturas. Y todo parecía encantamiento.

Repentinamente apareció una figura de luz más intensa que la de diez lunas juntas, y se quedó flotando sobre la entrada de la Cueva del Agua. Las formas de aquel ánima eran tan perfectas y armoniosas que se asemejaban a las sílfides o a las princesas. De su mano derecha salía otro rayo de luz en forma de varita mágica, en tanto que con la izquierda cogía el vuelo de su vestido de seda pura.

Sobre su cabeza, miles de estrellitas recién caídas del cielo formaban una preciosa diadema. Y sus pies destellaban como dos gotas de agua marina moviéndose al compás de la brisa. En el interior de la cueva el agua caía cual lluvia de abalorios dorados. Y cientos de mariposas revoloteaban en torno a ella trenzando con sus alas de terciopelo maravillosos dibujos.

De pronto, y en un abrir y cerrar de ojos, aquella figura blanca, luminosa y transparente como el ámbar, comenzó a agitarse cual banderita izada en un mástil de bambú. Entonces la música de los coros celestiales se silenció. Y los irisados colores se borraron de la faz de la tierra. Y los pájaros silenciaron sus gorjeos. Y todo parecía desdibujado, extraño. Y el agua de la cueva se detuvo haciendo que el silencio fuese total dentro de ella y en el espíritu de quienes allí estaban.

¡Soy el ánima del Hada de la Cueva de la Encantada!! Se oyó decir con voz dulce y bien timbrada. Entonces los ojos de los presentes se volvieron hacia la cueva con tanto miedo como ansiedad, y la voz volvió a oírse por los espacios:

- Aquí me trajo una gran tormenta acaecida en el verano del Año del Calabacín, del calendario árabe, y de aquí parto hacia mi Cueva de la Encantada, en este día de Mayo del Año de la Berenjena. Y dicho esto, aquel ánima se remontó por encima de las peñas y voló en círculo antes de iniciar la travesía hacia el pueblo. De ello dan fe los libros de historia de los moros.

CAPÍTULO III

Aquel atardecer el aire zumbaba cual sirena por la angostura del Callejón de la Alpargata. Era el rubicón del verano que, con su caracola de viento, anunciaba la proximidad del otoño. Pero, ¿porqué ese viento ululante y repentino? ¿porqué en ese lugar y no fuera del pueblo?

Más, apenas la luz del ocaso se hizo notar sobre los collados, todos fueron a la Cueva de Encantada. Nada se movía a esa hora, ni a nadie se veía delante de ella. Poco a poco, o menos poco a poco, la noche cayó sobre los espacios. Y las luces de los candiles iluminaron las piedras del farallón de la Encantada. Y los murciélagos comenzaron a volar confundiendo con las sombras. Y los búhos a apostarse expectantes en sus cazaderos aéreos. Y un leve murmullo de voces ahogó el silbo del viento. Y todo ese suceso, junto con la presencia de la luna, que esa noche estaba más grande y resplandeciente que nunca, parecía suceso milagroso.

De pronto y desde el fondo de la cueva comenzó a salir una llama en forma de tirabuzón, y apenas hubo salido tomó forma humana y flotó por encima de todos. Tan intensa era su luz, que les obligó a cerrar los ojos con fuerza para no cegarse. Cuando los abrieron ya no estaban en el mismo lugar, estaban delante de otras cuevas más pequeñas, sentados sobre cojines con alas unidas por cuerdas de esparto. Delante de esas cuevas se veían otros destellos de tonos verdosos, que se movían de arriba abajo envolviendo la figura del Hada, que de nuevo dejó oír su voz para decir:

- Ellas son las damas de la cohorte que en vida me sirvieron. Pero, solamente vosotros tenéis el privilegio de verlas. Y es que habéis creído en nuestra existencia. Y habéis hablado de nosotras a vuestros hijos y nietos. Y les trajisteis hasta mi cueva para sentir el soplo de mi espíritu. Y, porque sé que cumpliréis mi deseo, os digo: Que todo cuanto habéis visto y oído ante esta cueva donde viví, y la Cueva del Agua, donde fallecí, lo dejéis escrito para que todos los niños de hoy y los de futuras generaciones, sepan de mi existencia y poderes. Más, solo lograrán mis favores aquellos que: salida la primera luna llena del mes de mayo, vayan a la Cueva del Agua a cantarme. Y después de ese día y cuando la luna esté dos noches sobre los tejados, vengan a mi Cueva de la Encantada a gritar tres veces mi nombre; lo harán con los brazos levantados al cielo diciendo:

¡¡Hada de la Cueva de la Encantada!!


¡¡Hada de la Cueva de la Encantada!!

¡¡Hada de la Cueva de la Encantada!!

Y, diciendo esto, desapareció con las otras ánimas. Y las luces de los candiles se apagaron misteriosamente. Y la luna se transformó en su lazarillo quiéndoles por las calles del pueblo hasta sus jaimas. Y esto dijeron los moros y dejaron escrito en holandesas de papel de arroz, para que vosotros los niños de hoy, cuyos abuelos no pudieron contaros esta bonita leyenda acaecida en Elche de la Sierra entre los años del Calabacín y la Berenjena, la contéis a otros niños, para que así se propague por los siglos de los siglos.

FIN





Los pueblos, aunque pequeños, tienen su legado de historia y leyendas. Aquellos que no las propagan son pueblos mudos, sin entidad ni proyección.

Elche de la Sierra, tiene muy ricas historias y leyendas, porque rico es el espíritu de sus gentes. A una de esas leyendas he recurrido para dejar testimonio de lo que digo. Espero que ésta no sea la última ni la más interesante.

De cualquier modo, agradezco la comprensión de todos y doy gracias porque existáis a la par que yo para seguir llenándonos de fantasías, tan beneficiosas para el espíritu.

El Autor.

